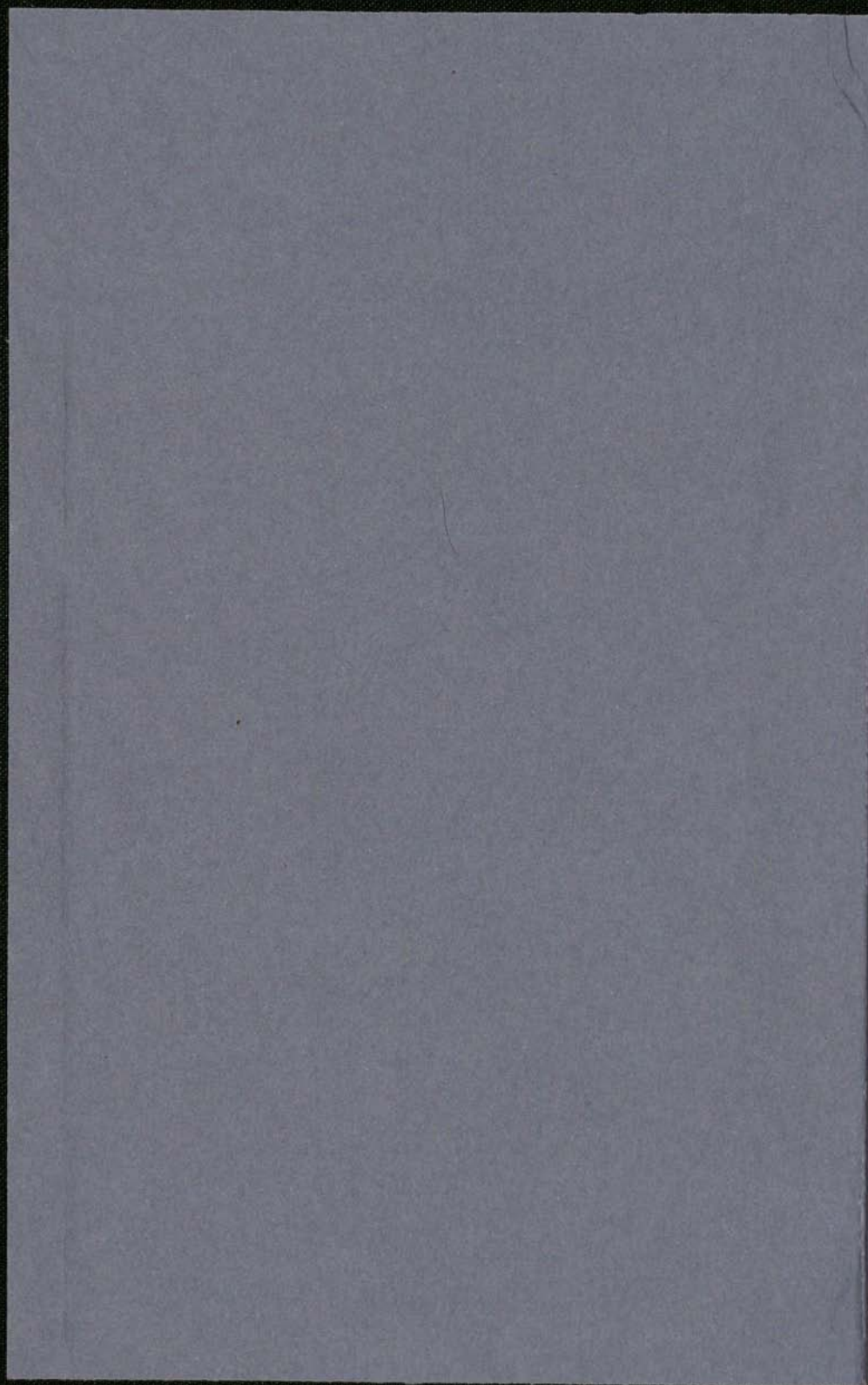


F. SAÉZ

—
AURORA

Y

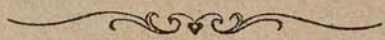
FELICIDAD




A-2377

12
136346

LECTURAS
PARA LA FAMILIA.



LECTURAS PARA LA FAMILIA.

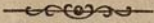


AURORA
Y
FELICIDAD.

NOVELA DE COSTUMBRES

POR


Faustina Saez de Melgar.



BARCELONA.

IMPRENTA DE SALVADOR MANERO,

Lauria, 82.—(Plaza de Cerdá.)



ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.



DEDICATORIA

Á LA

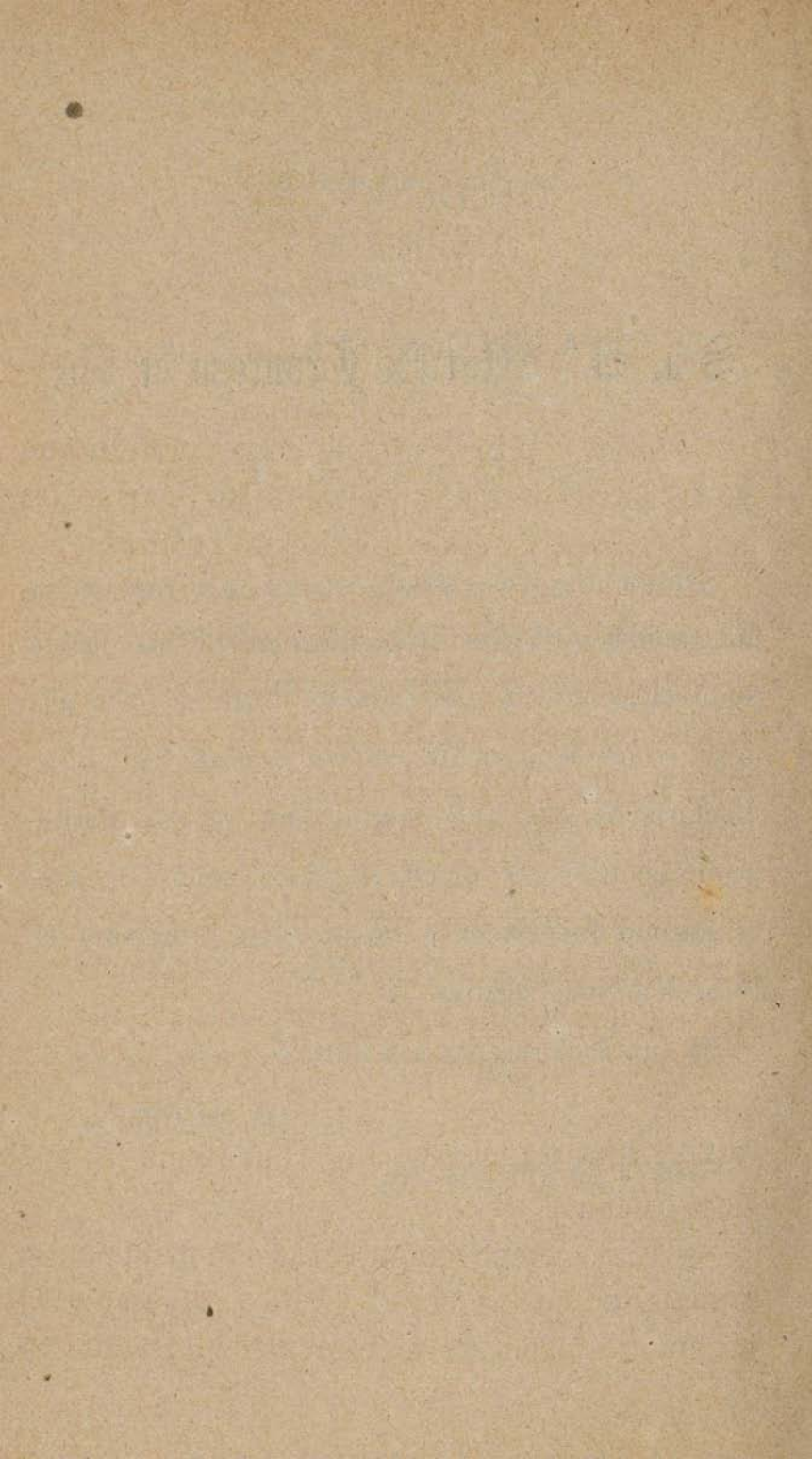
Sra. D.^a Matilde Troncoso de Diz.

Amiga mía: me es grato cumplir hoy una deuda contraída con V. que tan galantemente me dedicó su preciosa novela *Dos Coronas*. Dígnese pues, admitir, como recuerdo de amistad y simpatía, la dedicatoria de este libro, permitiendo que su distinguido nombre, tan amado en Cuba, como el de una de sus mas inspiradas poetisas, llene la primera de estas modestas páginas.

Su admiradora y sincera amiga

LA AUTORA.

Paris 11 de Abril de 1881.



CAPITULO I.

DOS COTORRAS.

—Adios, mujer; ¿dónde andas metida que no te se vé? desde que cazaste un marido te has olvidado de las amigas, ¿no es cierto?

—No, señora, que ha de ser cierto; es que como vivimos tan lejos, no puedo venir cuando quisiera, pero ya vé V. mi buena voluntad, que á pesar de la distancia, en igual de irme á paseo hoy domingo, me vengo á visitar á V. señora Juana y á mis antiguos amos.

Esta conversacion la tenian la portera de una casa de la plazuela de Santa Ana en Madrid, y una amiga suya, antigua sirviente.

—Muchas gracias; te lo agradezco infinito.

—Y que tal vá por aquí; cuénteme V. señora Juana.

—Hija, como siempre; mi marido sigue trabajando en las obras de la villa, ganando su mísero jornal de siete reales el dia que no

llueve, y por desgracia en todo el mes de abril no ha dejado de chaparrear.

—En eso estamos nosotros mejor; pues que llueva que truene, todos los días está obligado mi Pepe á llevar las cartas á domicilio.

—Ya lo creo; como que los carteros no pueden faltar un día á su obligacion; y bien pagados diez ú once reales.

—Que han de estar bien pagados, señora Juana, si los infelices echan el bofe subiendo hasta los quintos y sextos pisos en todas las casas de una carrera tan larga. Eso es para matar á un hombre; así es que casi todos enferman del pecho, y crea V. que si mi marido encontrara otra cosa lo dejaria. Ya vé V., lleva quince años en el mismo puesto y que porvenir le espera, el hospital y la miseria para la vejez.

—Ahí tienes como nadie está contento con su suerte; nosotros haríamos lo mismo: admitir cualquier destino mejor, pero como no tenemos recomendaciones, nunca saldrá de peon auxiliar, por mas que trabaje; llega un desconocido con una tarjeta de un diputado y le dan plaza fija, poniéndole de capataz, mientras mi marido lleva ocho ó diez años de

peon, esperando ese puesto codiciado, que al menos tiene sueldo fijo que llueva ó que no: pero es inútil, por sus méritos no se lo darán nunca.

—¿Por qué no se lo dice V. á mi ama doña Felicidad, que se trata con mucha gente gorda?

—Eso pienso, ahora que tienen amigos en la nueva situacion.

—¿Y están buenos? hace tiempo que no los he visto.

—D. Roman parece que anda estos dias cabizbajo; pero la señora como siempre tan elegante, sin perder un dia de paseo en la Castellana; todas las noches al teatro, y visitas, no se diga, los jueves que recibe esta casa es un jubileo. ¡Que entrar y salir de gentes! ¡cuántos coches á la puerta! sobre todo desde que al señor le han hecho jefe no sé de qué, acuden las moscas á la miel que es un gusto.

—Ya se lo esperaban hace tiempo. Con el nuevo ministerio están en grande. ¿Y la señorita Concha?

—Todo el dia al balcon; pasa su vida haciendo telégrafos con los militares y los estudiantes de las casas de huéspedes de la vecindad. ¡Qué educacion! Parece imposible

que así descuiden á una hija, dejándola poner en ridículo, porque es el hazme reir de los pollos, que la envian ramilletes, y ella, la muy tonta, les contesta á todos, teniendo amores un dia con un militar, otro con un estudiante, á los que da su retrato y rizos de sus cabellos, que ostentan los muchachos como trofeos, corriendo por los cafés de mesa en mesa, enseñándoselos unos á otros, convirtiendo en un objeto de burla y diversion los amores de esta niña, que maldito si se conoce la educacion que ha recibido en el colegio.

—¿Y no lo sabe la señora?

—¡Qué ha de saber, si no para en casa! ¿Tiene ella tiempo para cuidarse de su hija? Desde que cumplió los quince años, que la sacaron de la pension, la dejaron abandonada á sí misma.

—¿Y don Roman, no lo vé?

—El padre pasa los dias en la oficina y las noches en el café, de manera que es un huésped en casa, y no vé lo que pasa en ella.

—¿Y don Juan, y doña Aurora, siguen viviendo en el cuarto segundo?

—Sí; pero precisamente con este cambio de ministerio lo han destinado á Valencia, y se marcha esta noche; doña Aurora con la niña

creo que va á Colmenar, donde tienen la hacienda, á pasar unos dias antes de ir á reunirse con su marido.

—¿Y el señorito Serafin, tan guapo?

—¡Es un real mozo!... ¡y qué bueno!... ¡siempre con sus padres!

—Esta si que es una familia arreglada, ¿no es verdad, señora Juana? No se parecen á los del principal.

—¡Oh! ¡qué tiene que ver, como de la noche al dia! Doña Aurora no sale de casa jamás, como no vaya con su marido y sus hijos, y doña Felicidad es una huéspedada en la suya, donde solo viene á comer y á dormir! Los criados están bien á su libertad en ese punto. Es verdad que don Roman hace lo mismo: en la oficina, en el casino y en el café pasa su vida. Este matrimonio nunca está unido como Dios manda, jamás van juntos, cada uno por su lado, y yo me figuro que con la señorita Concha van á tener que sentir.

—¿Está todavía la misma doncella que habia cuando yo estaba de cocinera?

—¡La misma! ¡si cada mes hay una nueva! Pues no digo nada los criados; todas las agencias de Madrid no son bastantes para enviar sirvientes á doña Felicidad.

—Yo estuve cinco meses, lo que nadie; porque verdaderamente son buenos; pero no tienen orden; no hay arreglo en la casa, y gastan mas de lo que tienen; eso hace que los dueños se perjudiquen y los criados no estén contentos.

—Tienes razon; y luego no saben distinguir los criados buenos de los malos, los tratan mal, y como duran tan poco, ninguno se toma interés por la casa, solo piensan en hacer pacotilla. La cocinera que entró hace tres dias, es una ladrona de marca mayor, les roba á ojos vistos; pero la señora está contentísima con ella porque hace platos de dulce y mil golosinas, con que obsequia á sus amigas de los jueves, que vienen á llenar el pancho á costa del bueno de don Roman.

—Voy á saludar á la señorita Concha, y despues subiré, ya que estoy aquí, á despedirme de doña Aurora y de su criada; ¿será la misma, eh?

—Ya lo creo, ha visto nacer á la señorita Laura, y tiene esta ya sus doce años cumplidos; así quiere á sus amos y se desvive por servirlos.

—Hasta luego, señora Juana.

La antigua cocinera de don Roman subió

al piso primero, y la portera se entró en su covacha, muy satisfecha de haber echado un párrafo á su gusto, sacando á relucir la vida y milagros de los vecinos de la casa.

CAPÍTULO II.

LOS JUEVES DE DOÑA FELICIDAD.

Al escuchar la interminable charla de las dos cotorras en el capítulo anterior, habrán conocido nuestras lectoras á los principales personajes que van á figurar en este libro, no queremos decir novela, áun cuando así se estampa en la portada, porque mas bien que episodios novelescos, son cuadros y tipos tomados del natural y en época no lejana, pues casi todas las personas viven todavía disfrutando unos su felicidad y otros su desdicha, segun lo que con su conducta se han proporcionado á sí mismos.

La dicha es relativa en este mundo, y muchas veces es obra nuestra el conseguirla y disfrutar indefinidamente sus favores.

Vamos á trasladarnos á un jueves, dia en que recibe la señora de don Roman. Habitan el cuarto principal de una antigua, pero espaciosa y cómoda casa de la plazuela de Santa Ana en Madrid.

Desde muy temprano, la doncella y el criado se ocupan en el arreglo del salón; en tanto la cocinera prepara el almuerzo esmerándose todo lo posible, porque los señores tienen convidados y es preciso hacer honor á la casa.

Son las diez de la mañana, la señora llega de la calle, la sigue un mozo cargado con ramilletes de flores y plantas de gran mérito que pone en la antesala sobre una mesa, donde están los jarrones de china dispuestos para recibirlas.

Don Roman sale de su despacho; es un señor pequeño, grueso, con abultado abdomen, de rostro redondo y nariz chata, frente deprimida y gruesos labios sombreados por un espeso bigote, castaño canoso, pero cuidadosamente ocultas las canas por el cosmético. Lleva una bata de cachemir entretelada, y unas zapatillas de terciopelo encarnado bordadas de oro, igual bordado y clase que el gorro griego que cubre su pequeña y redonda cabeza, bien provista todavía de cabello castaño.

—¿Ya estás aquí, mujer? ¿dónde has ido tan temprano? dice el buen señor con ágrío tono.

—¿Tienes una peseta para el mozo? dáme-la, haz el favor, que no me queda ni un cuarto suelto, repuso doña Felicidad, desentendiéndose de las preguntas intempestivas de su marido.

—Que he de tener, ni un céntimo! repuso éste de mal humor; esto de llenar de flores la casa todos los jueves, es un capricho bien costoso; refunfuñó don Roman, volviendo á entrar en su despacho y cerrando la puerta.

El criado, á una indicacion de su señora, pagó al mozo y le despidió.

Felicidad entró triunfalmente en el salon, haciendo que colocasen las flores en los jarrones, y las plantas de América en vasos de porcelana, ya dispuestos al efecto en los veladores que habia en el centro del salon y delante de los balcones.

Era esta señora de una figura simpática á primera vista, si bien al tratarla un poco, se encontraba en ella mucha afectacion, y unas maneras estudiadas, como si se hubiera propuesto imitar algun modelo, sin poderlo conseguir.

Era delgada y alta, morena y de cabello oscuro; pero parecia blanca y rubia, porque pareciéndole de mal tono y propio solo de

gente ordinaria, su color natural, se pintaba y se teñía de rubio el cabello, con la ventaja de que así podía también ocultar las canas que indicaban sus cuarenta y ocho años, cuando ella no quería pasar de los treinta.

—¿Han concluido ustedes la limpieza? dijo á los criados.

—Sí, señora, contestó la doncella; faltan solamente algunos detalles, retoques de plumero.

—Que no se olvide quemar en los pebeteros las pastillas aromáticas; es necesario que el salon y los gabinetes estén bien perfumados, y no abrir las puertas del despacho del señor, porque se impregna en seguida el salon con ese insoportable olor á tabaco.

—No se abren nunca, señora; todo el mundo entra en el despacho por la puerta del recibimiento.

—Perfectamente; y las cortinas dispuestas de manera que haya una luz suave y dulce; corra V. los transparentes, que no penetre ni un rayo de ese indiscreto sol que todo lo deslustra. Cuidado con que los gatos penetren aquí, y limpie usted la jaula del canario colocándole cerca del balcon, á la sombra de las flores.

—Está bien, señora; todo se hará como desea, pues ya conocemos su gusto.

—Y usted Anton, á las doce en punto se pone el frac y la corbata blanca. ¿No ha venido Antonio para que le ayude á V. á servir á la mesa? Hoy tenemos un diputado y un consejero y es preciso esmerarse.

—Sí, señora, no falta ningun jueves, contestó el criado; pero está en la cocina, porque la Sinforosa le necesita allí toda la mañana.

—Muy bien; es preciso que no falte nada, que se observe el mayor orden y exactitud en el servicio. Y á todo esto, ¿qué hora es? ¡Dios mio, las diez y media! ¡y la peinadora sin venir! ¡Y tengo aún que vestirme!—Andrea, en cuanto esté arreglado el salon, venga V. á mi tocador.

Iba á entrar en el gabinete y se volvió.

—Anton; se me olvidaba lo mas importante. ¿Ha ido V. á que me reserven mi abono del año pasado para las corridas de toros?

—Sí, señora; hace ya muchos años que la señora tiene el mismo palco, y no dispone de él hasta su aviso.

—Bien; mañana vá V. á pagarle; es mi di-

version favorita; las andaluzas no podemos vivir sin flores y sin toros.

Felicidad pasó desde el salon al gabinete de la derecha, levantando la hermosa cortina de raso azul, que formaba juego con la sillería y las colgaduras de los balcones, y el portier de la entrada y del gabinete de la izquierda donde tenia don Roman su despacho; pero que al buen señor no le era permitido penetrar en aquel santuario de la elegancia, por no impregnar la perfumada atmósfera con el olor del tabaco, sirviéndose de la puerta de comunicacion, que estaba inmediata á la de la escalera.

Don Roman tenia el dormitorio en su mismo despacho. Felicidad dormia en la alcoba de su gabinete. Nada mas elegante que estas piezas, alfombradas con rica moqueta, y en las cuales estaba siempre encendida la chimenea de mármol blanco; pues aún cuando en Abril los dias ya no son tan frescos, Felicidad, que acostumbraba á llevar siempre ligeros trages de seda, no podia soportar una temperatura demasiado baja.

El mobiliario era costosísimo, y el tapizado color boton de oro, reproduciéndose las colgaduras de raso en los balcones, puertas, y

en la cama, formando pabellon sobre otras cortinas de blanco encage, que ocultaban el dorado lecho.

En el gabinete á la izquierda, junto al balcon, estaba el tocador, espléndido mueble de palisandro, que se abria dejando al descubier-to entre el mármol y el espejo el servicio de porcelana de Sevres con sus ribetes de oro, y esas mil costosas futilidades que usa para su adorno toda mujer á la moda.

Felicidad no se lavaba jamás con agua clara, hubiera sido una falta imperdonable de lesa elegancia; el agua echa á perder el cutis, tan fino y trasparente como el terciopelo, merced á las cremas maravillosas que allende el Pirineo confecciona el perfumista Legrano, y que usaba diariamente Felicidad.

Su cabello negro tuvo un dia la osadía de blanquear, denunciando indiscretamente la edad de su dueña, por lo que fué condenado á ser rubio, sentencia inapelable, á que apelan como el mejor recurso las señoras de cierta edad.

Felicidad solia decir para disculpar su transformacion:

—No me gustan ni los cabellos de azabache ni los de plata, como dice la señora del

ministro de Estado, los prefiero de oro.

Como se vé, por esta exclamacion que se le escapó á Felicidad, se habia propuesto por modelo á la mujer de un ministro, y ella, la humilde esposa de un empleado de cuarenta mil reales, queria rivalizar con sus jefes.

Así, todo está fuera del órden natural, no puede haber categorías, donde todos quieren ser iguales, gastando igual lujo la que tiene dos mil duros, que la que tiene seis mil.

—Señora, aquí está Jesusa, dijo Andrea; entrando con la peinadora.

—¡Válgame Dios! ¡cuánto ha tardado V.!... y eso que ya sabe que los jueves quiero peinar-me á las diez en punto.

—Me entretuve en rizar los tirabuzones que le hacen á V. falta.

—¡Ah; es verdad! Póngalos V. en su caja, y dígame á Andrea como me los ha de colocar despues, porque para el almuerzo no los llevo; me pondré una bata de raso azul y el peinado liso, porque los amigos que tenemos hoy á la mesa son de confianza; á las dos, cuando empiezo á recibir, cambiaré de traje, y naturalmente hay que adornar el peinado con los tirabuzones y algun lazo con encajes iguales

á los del vestido color de cereza que ayer me traje la modista.

—Y por cierto que ha dejado la cuenta; aquí la puse en la canastilla de las tarjetas; dijo Andrea tomándola y presentándosela á su señora, que ya estaba peinándose sentada delante del tocador.

—¡Jesús, que barbaridad!... ¡tres mil reales por un vestido!... esto es un escándalo, cada dia aumenta mas las cuentas esta mujer; y todo es porque la dije que lo queria exactamente igual al que ha hecho para la señora del ministro de Estado.

—¡Pero es magnífico, señora! dijeron las dos mujeres, mirándole, pues Andrea le habia extendido sobre el sofá.

—¡Ah! ya puede serlo; ¡tres mil reales solo de hechura y adornos, despues de haberla dado treinta varas de raso y veinte de faille!... Vamos, este gasto no se puede tolerar; y no hay mas remedio, si hemos de alternar con las personas decentes, hay que plegarse á las exigencias de la sociedad que solo juzga por las apariencias.

CAPÍTULO III.

CONCHA.

Concha era una niña de diez y seis años; sin embargo de que habia sido durante diez pensionista en uno de los colegios mas afamados de la córte, apenas si sabia redactar una carta. La escribia, es verdad, con una bonita letra inglesa, poco cursada, y tardaba mucho en trazar los renglones, y mas todavía en pensar lo que iba á decir, porque no la habian enseñado á coordinar sus ideas, ni á darles forma. Tenia nociones de todo sin saber á fondo ninguna materia que hubiera podido servirle de recurso en caso de desgracia; ligeras nociones nada mas, que se borran muy fácilmente en la imaginacion de la adolescencia.

Tocaba algo el piano tan solo por diversion; como su padre tenia un gran sueldo no necesitaba aprender como profesion ningun arte. Pintaba una acuarela medianamente, dibujaba una cifra para pañuelos, chapurrea-

ba algunos idiomas sin comprenderlos, y hacia lindas labores que llenaban de júbilo á su papá. Este ostentaba con orgullo, como ya hemos visto, el gorro y las zapatillas de terciopelo, bordadas de oro, que le habia hecho su habilidosa hija antes de salir del colegio.

Lo que sí sabia Concha á las mil maravillas era el arte de componerse, tenia en su madre tan buena maestra, que no necesitó mucho tiempo nuestra colegiala para desprenderse de su uniforme negro, convirtiéndose en un modelo de elegancia, sin mas que copiar exactamente los últimos figurines que llegaban de París.

Su cuarto, situado en un extremo de la galería, tenia dos piezas, la primera con un balcon al pátio, pues la previsora de doña Felicidad no quiso que lo tuviera á la calle, para evitar que se entendiera con los novios. Tenia la sillería y las cortinas de tela persa fondo blanco, con ramitos rosa: todo muy sencillo; el piano, el costurero y una mesa para escribir completaban el mueblaje.

La segunda pieza era la alcoba, pequeña, en la que apenas cabia el lecho cubierto con blancas colgaduras de muselina, el tocador y un reclinatorio colocado debajo de la pililla

del agua bendita y de un crucifijo de marfil, que era lo mas notable del aposento.

La jóven se hallaba escribiendo en su pequeño secreter, cerca del balcon, cuando entró la doncella con el almuerzo sobre una bandeja grande, y lo colocó en un velador.

—¡Ah! ¿hoy es jueves? no me acordaba, exclamó la jóven, levantándose al ver entrar á la doncella.

—Sí, señorita; por eso la traigo á V. aquí el almuerzo, contestó la jóven.

—Es mucha manía la de mi mamá, que no me deja asistir á la mesa cuando tienen gente; pero no me importa mucho, porque todos sus invitados suelen ser viejos y feos.

—Hoy tenemos dos nuevos: un diputado y un consejero, dijo Andrea.

—¿Sí, eh? pues no se me escapan, ya los acecharé por las rendijas de la puerta; ¿son jóvenes?

—¡Quiál como todos; gallos con espiones.

—Malo; estoy por los pollos. Tampoco mamá me permite presentarme en su salon por las tardes cuando recibe, ni á papá tampoco, que se marcha al casino y la deja sola.

—Porque es Vd. una niña, y solo cuando

vienen de visita señoritas jóvenes de su edad, tenemos orden de llamarla.

—¿Y hasta cuando durará esto? Para vivir encerrada en mi cuarto, mejor estaba en el colegio.

—Sin duda hasta que tenga V. un novio formal que la pida por esposa.

—¡Formal!... sí, sí; eso es lo que falta la formalidad. En cuanto á novios, cincuenta tengo; yo no sé cómo me las arreglo, pero todos cuantos me ven me quieren, y me hallo siempre indecisa en la eleccion.

—¿Y V. no conoce, señorita, que solo es por divertirse? Ninguno la quiere de veras; lo hacen por pasar el rato y no debe usted hacer caso de esos polluelos.

—¿Y de quién lo he de hacer entonces? los que vienen á casa son gallos y bien gallos, y además solo puedo verlos á escondidas; mamá porque no me hablen, me envia el almuerzo á mi cuarto; además estoy en casa sola todo el dia, aburriéndome, y no me queda otro recurso que irme al cuarto de la costura, y fingiendo hacer labor, me divierto asomándome al balcon.

—Pero su mamá se lo tiene prohibido.

—Fruta prohibida sabe mejor.

—Si supiera que hace usted guiños á los militares y á los estudiantes de las casas de huéspedes inmediatas, ¿qué diría?

—Yo no se las hago; ellos me miran y no me dejan en paz; tú sabes que todos los dias te dan cartas para mí llenas de juramentos y de protestas de eterno amor!... Esta noche te voy á leer unas cuantas; yo no sé cual es mas apasionado; muchas no las entiendo, tú me ayudarás á descifrar sus geroglíficos. En algo nos hemos de entretener, porque mamá no me lleva á la Castellana con el pretexto de que la viene á buscar una amiga en su berlina, y solo tiene dos asientos. Y por la noche, las dos amigas tienen abono á dos butacas en el Real; así es que la pobre Concha tiene que envejecer en el rincon de su cuarto, donde por arte de birlibirloque, bajará un novio por la chimenea á sacarla de su prision.

—¿Pero no estaba V. ya comprometida con un estudiante de medicina?

—Le dí calabazas, mujer; pues no estás poco atrasada de noticias; era muy fastidioso; jamás quiso ir á la Castellana el dia que por casualidad queria mamá llevarme, y no pude conseguir que fuera ni una tarde á la novena de dolores á las Calatravas; tenia horror á

seguirnos, decia que no le gustaba hacer de lacayo: y de seguro mamá no se hubiera fijado en él siquiera; así es que le dejé.

—¿Y cuántos tiene V. ahora en campaña?

—Tres; pero el mas de mi gusto es un alferéz de infantería; ¡qué bien le sienta el uniforme! es muy guapo. ¡Y qué cartas! Ahora mismo le estaba contestando. Dice que para no olvidarme le ha puesto mi nombre á una perrita que quiere mucho y no se aparta de su lado.

—Qué frágil será el recuerdo cuando necesita que la perra le recuerde el nombre de V., dijo la doncella sin poder contener la risa.

—Aquí está la carta, de color de rosa; me la trajo esta mañana la costurera.

—¡Ah! ¿es ahora Anita la confidente?... dijo como picada Andrea, porque no la gustaba que otra se llevase las propinas.

—Como vive en su misma casa le conoce, y ya ves, no contiene nada de particular.

—Pues era mejor el estudiante de medicina; ¡y qué generoso! por la primera carta que me dió para usted me regaló un duro.

—No quiero médicos, porque siempre traen á casa el olor de los enfermos y los miasmas de las enfermedades contagiosas. Los milita-

res son mejores y hacen carrera mas pronto. Este chico, aunque alferez, con la influencia de papá, puede ascender rápidamente; todo es tener empeños, y llegará á general, no lo dudes. ¡Ah! ¡entonces qué buena vida me dará!... ¡Qué lindos trajes! como mi mamá; iré á los toros vestida de maja con mantilla blanca de encaje, y á la Castellana en carretela descubierta, no en berlina de dos asientos. ¡Ah! eso no será propio de una señora generala.

Hé aquí de qué modo pensaba aquella niña recién salida del colegio, y que influencia tan grande tiene el ejemplo de los padres en el corazón de sus hijos.

CAPÍTULO IV.

AURORA.

El piso segundo de la misma casa, en la plazuela de Santa Ana, era de tan buena apariencia como el primero; pero mucho mas pequeño, porque habia un cuarto interior, para el cual habian tomado parte de la galería y de las habitaciones interiores, así es que costaba mucho mas barato, y la apariencia era la misma. No tenia el gran comedor, donde daba sus banquetes los jueves la señora de don Roman, ni la espaciosa galería llena de cuadros y de flores, adornada como para salon de fumar; pero conservaba el hermoso salon de recibo y los dos gabinetes laterales; en uno de ellos tenia su despacho el notable magistrado don Juan Mostosabe y en el otro estaba su esposa doña Aurora con su preciosa hija Laura.

Tenian un hijo ya jóven, Serafin, estudiante de leyes, que ocupaba un cuartito interior,

mientras que Laura dormía en un pequeño gabinete inmediato á la alcoba de sus padres, que no habian adoptado la moda de tener cama y dormitorio independientes, sirviéndose siempre del lecho nupcial.

La misma categoría y sueldo tenian los dos empleados don Juan y don Roman, con la especialidad de que el primero llevaba veinte y cinco años en la carrera judicial, y habia ido ascendiendo por rigurosa escala, desde dos mil hasta cuarenta mil, despues de haber sido conocido ventajosamente como fiscal en varias audiencias, y desempeñado en la magistratura puestos importantes.

No así don Roman, que sin haber seguido ninguna carrera literaria, debia su destino al favor de un ministro amigo, que empezó despues de la revolucion del 68 por nombrarle gobernador de provincia, y de este modo, despues de unas elecciones generales, fué trasladado á Madrid á peticion suya.

Pero si bien su sueldo era el mismo, no lo eran las condiciones de ambas familias, y bastaba penetrar en las dos casas, para convencerse de la enorme diferencia que se notaba en ellas, como igualmente lo opuestas que eran entre sí Aurora y Felicidad.

Cuando subió la cocinera de don Roman era domingo, como saben nuestros lectores, y ya una hora bastante avanzada de la tarde. Llamaron á la campanilla.

—¿Quién es, María? preguntó Aurora á su criado.

—La Nicolasa, señorita.

—¡Ah, es V.!—pase adelante; creí que sería alguna visita, porque los domingos son días tan ocupados para mí, que son las dos de la tarde y aún no he tenido tiempo de echarme un vestido, y eso que estoy levantada desde las seis de la mañana; pero con arreglar las ropas para que se muden los niños y mi marido, con apuntar despues la que ha de llevarse la lavandera y preparar la que se lava en casa, que es todo lo menudo, y otras mil cosas, se pasa el tiempo que es un gusto.

—Es verdad, como V. se ocupa de todo, no es extraño. Yo vine á ver á mis señores y me dijeron que se iban Vds. á Valencia, y no quise marcharme sin subir á decirles que aquí dejan unos servidores.

—Muchas gracias, Nicolasa, se lo agradezco á usted infinito; es verdad, esta noche sale mi marido á tomar posesion de su destino, y yo con la niña me voy á Colmenar, para ar-

reglar algunos negocios en nuestra casa; pero no tardaremos en volver.

—¿Y dejarán Vs. este cuarto?

—Sí, es preciso; áun cuando lo siento mucho, porque Serafin tiene que quedarse hasta concluir el curso, que le faltan apenas dos meses. Crea V. que me afligen estas ausencias aunque sean cortas, pues nosotros no estamos acostumbrados á vivir el uno sin el otro; hace veinte y cinco años que me casé y mi marido es hoy tan amante y tan cariñoso conmigo y con sus hijos, como el primer día de nuestro matrimonio.

—Así decia mi ama doña Felicidad, que tenia envidia de la eterna luna de miel que ustedes disfrutaban, cuando para ella que se casó tan locamente enamorada de don Roman, apenas habia durado ocho dias.

—Eso es lo general; los hombres no suelen tomar en sério el matrimonio, y creen que pueden seguir haciendo su vida de solteros, dejando sola á su mujer entregada á los amargos desencantos de sus ilusiones y de sus sueños de enamorada, sin comprender que destruyen la felicidad de toda su vida, porque tras de la indiferencia está el hastío,

y á este suele seguir muchas veces el ódio ó el desprecio.

—Cierto que hay pocos hombres como don Juan, siempre se le vé con V. ó con sus hijos; jamás va solo á un paseo, ni á un café.

—Como su felicidad y sus goces todos están concentrados en nuestro cariño, no encuentra alegría ni bienestar en ninguna parte, y á mí me sucede lo propio: no me he creado otros elementos de vida porque bastaban para satisfacer las necesidades de mi alma su constante afecto, su cariño tan igual, tan inalterable siempre. Así viviendo el uno para el otro y los dos para nuestros hijos, no buscamos fuera lo que tenemos en casa. Si á doña Felicidad le faltó desde los primeros dias de su matrimonio ese calor purísimo del corazón, tuvo que crearse una atmósfera extraña que supliera la necesidad indispensable de amor que siente la mujer, como una ley imperiosa de la naturaleza, y se lanzó á la vida ficticia de la sociedad, donde solo se vive de apariencias y de engañarse los unos á los otros: y semejante vida lleva consigo muchos gastos, que nosotros hemos evitado siempre, procurando acrecentar cada dia nuestra caja de ahorros, que creamos al unirnos y que hemos

ido formando con el buen arreglo, el trabajo y la economía; doña Felicidad no mira el mañana.

—Es verdad que para sostener ese tren de casa, criados, comidas, coche, teatros, modistas, costureras, peinadora y trages, no basta el sueldo del señor y se ven empeñadísimos, teniendo muchas veces que recurrir á extremos peligrosos para procurarse dinero.

—El mismo sueldo tenia que mi marido; ahora como le han ascendido tendrá mas, pero estoy segura que no ahorrará ni un céntimo; nosotros estamos contentos con ir á provincias, donde se gasta menos y se vive con mas tranquilidad, pudiendo guardar, porque nosotros por crearnos un porvenir independiente no gastamos lo que ganamos. Y esto nos es fácil, pues mi marido no tiene vicios, ni frecuente el café donde adquieren los hombres tan malas mañas. Todo su gusto es llevar los niños al teatro. Yo soy madrileña, y sin embargo, no conozco las costumbres de Madrid; á las diez estamos acostados todas las noches, y en cuanto á trabajar soy la primera en hacer que la muchacha lo tenga todo listo bajo mi vigilancia, y echando una mano se concluye pronto el arreglo de la casa.

Nosotros no tenemos costureras ni modistas; mi hija, aunque pequeña, me ayuda mucho, y pasamos el día cosiendo, hasta las cuatro que viene su padre de la oficina y nos lleva á dar un paseo por el Retiro, mientras la pobre Conchita abandonada siempre por su madre, no se quita del balcon en todo el día, siendo el hazme reir de los muchachos del barrio, y se pasa la noche leyendo novelas.

—Tiene V. razon doña Aurora; es una lástima, ¿pero, y la señorita Laura que no la veo por aquí?

—Se han ido los dos con su padre á misa y á hacer algunos encargos y despedidas de familia. Yo me quedé arreglando el equipaje de Juan, que se marcha á las ocho en el tren correo. Ah, pobre, como podrá hallarse sin nosotras; estará como sin sombra.

Aurora con los ojos llenos de lágrimas no pudo contener los sollozos pensando en su separacion. La jóven la consoló lo mejor que pudo, y por distraerla, la preguntó:

—¿Harán Vds. almoneda?

—No, por cierto; todos estos muebles los llevaremos á Colmenar; estamos haciendo una casa en la huerta de La Poza del Moral, y además, mi marido ha comprado la casa

que era de sus padres, y allí llevaremos el mobiliario, que guarda tan preciosos recuerdos para nosotros. La sillería de damasco encarnado de la sala la dejaremos en la casa de Colmenar, así como las camas de acero. Los demás muebles irán á la huerta, en cuanto esté concluida la casa. Aquel será el nido de nuestros nietecillos; es un vergel delicioso. ¡Y qué cer tan grande irle formando con nuestras plaeconomías!

—Dichosos Vds. que con el fruto de su trabajo van á crearse un rincon para su vejez.

—Sí, muy dichosos; pero para conseguirlo se necesita una virtud muy grande, treinta años de trabajar y de economizar, gastando todos nuestros ahorros en unos terrenos incultos, sin producir nada en mucho tiempo, y privándonos de todo en la juventud por tener un pedazo de pan en la vejez. Esa es la vida.

—Y es preferible á gastarlo todo, teniendo por último lecho el de un hospital; dijo la criada, despidiéndose de Aurora.

En seguida bajó á contarle á la portera todo lo que acababa de saber en los dos cuartos, con lo cual pasaron la tarde perfectamente las dos cotorras, á quienes la comidilla de la

chismografía era tan sabrosa como indispensable.

En que se han de ocupar los pobres de espíritu sino en el prógimo, y no para amarle como así mismos, según nos manda el evangelio, sino para despojarle de todas las cualidades buenas atribuyéndole las malas, porque la virtud siempre se pone en duda, y el vicio se comenta y se aumenta con sin igual placer. Pero en honor de la verdad, debemos hacer justicia esta vez, porque las dos amigas elogiaron mucho las virtudes de Aurora, su hermosura, pues sin usar blanquetes, ni toallas de Vénus, era su rostro blanco y sonrosado, y su magnífico cabello de un rubio oscuro que formaba contraste con sus ojos oscuros también, espléndidos y hermosos, como lo era su alma angelical.

CAPITULO V.

LA CARTA DE AMOR.

La hermosa luna, ese astro tan pálido, tan melancólico y tan bello, que ilumina con su diáfana luz la espléndida naturaleza, aumentando sus encantos en las poéticas noches de primavera, suele ser á veces un testigo importuno para los amantes que buscan la sombra, como si en la oscuridad pudiera haber nada bello, ni puro.

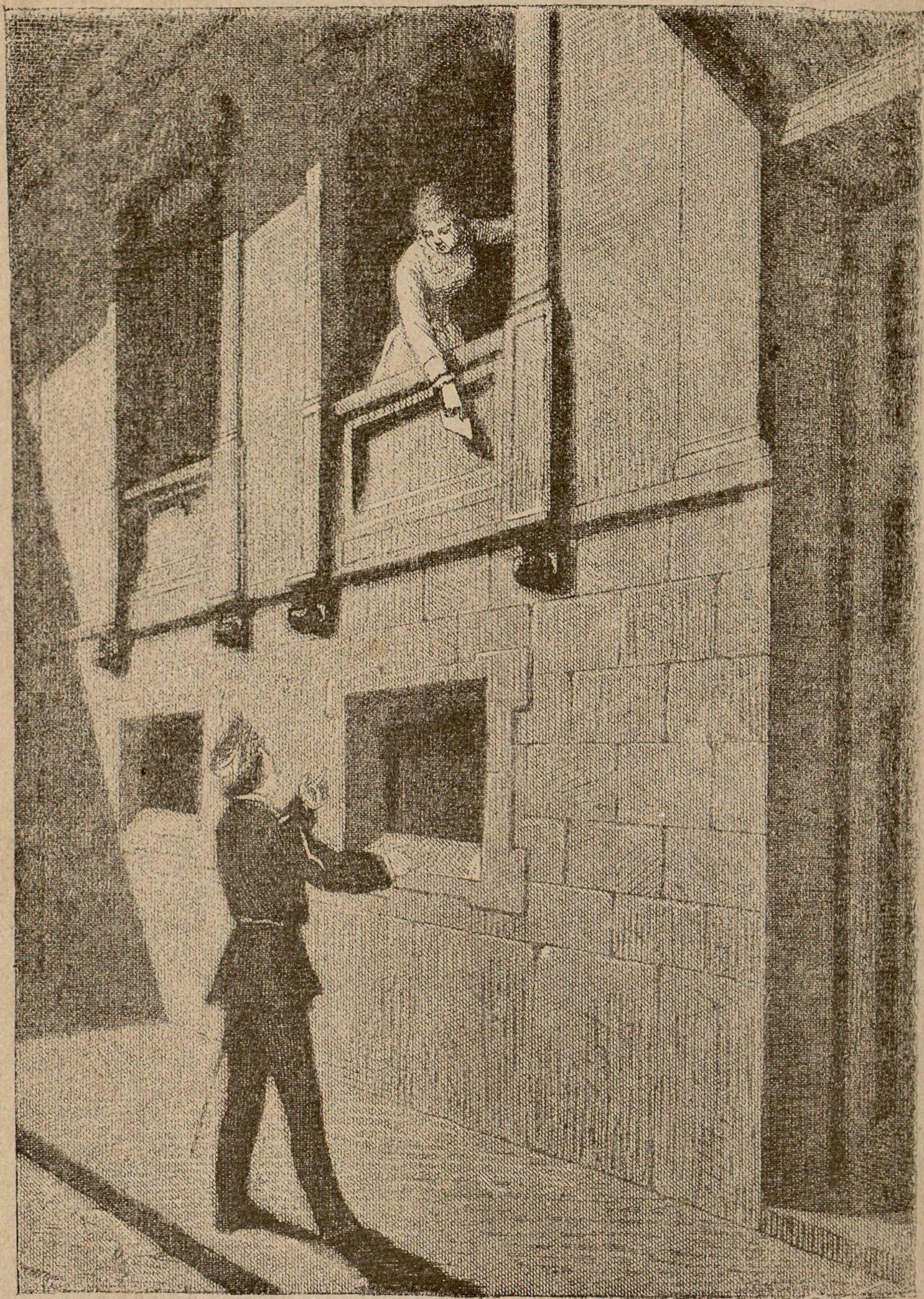
En el balcon del piso principal de la plazuela de Santa Ana, que ya conocemos, estaba la jóven hija de don Roman, á las diez de la noche, dirigiendo rencorosas miradas á la luna, cándida reina de la noche, que con su córte de estrellas se habia fijado frente á frente del balcon de nuestra Conchita, reflejando sobre ella tan directamente sus luminosos rayos, que no la permitian hacer ningun movimiento sin que lo advirtiesen los transeuntes y los vecinos de las casas inmediatas.

Por el centro de la plazuela se paseaba un jóven alférez de infantería, que no apartaba los ojos del balcon esperando un signo de la jóven para aproximarse; pero ésta alzaba los ojos al cielo en actitud desolada, como indicando que el estorbo de la luna la impedía acceder á sus deseos.

El oficial bajaba la cabeza ante la expresiva mímica de la niña y seguía paseando. No léjos de él, sentado en un banco de piedra y medio oculto entre los árboles, se hallaba un jóven alto, de elegante y esbelta figura que no los perdía un momento de vista. Este jóven era Serafin, el hijo de don Juan y de Aurora. Como se hallaba solo en casa, y los jóvenes son curiosos, quiso por sí mismo averiguar el grado de coquetería á que habia llegado aquella pobre criatura de tan pocos años, que le interesaba sin poderlo remediar; la simpatía se siente y no se explica; y Serafin no pudo menos de simpatizar con la jóven, viéndola todos los dias desde la ventana de su cuarto, cuando cruzaba la galería y regaba las flores de que ésta se hallaba adornada, sin embargo, nunca le dirigió la palabra.

A todo esto el tiempo pasaba, y nuestra jóven heroina, dando muestras de impaciencia,

AURORA Y FELICIDAD.



CONCHA.

se inclinó dos veces ante la barandilla del balcon, en actitud de arrojar un papel á la calle, pero se detuvo observando que la miraban algunas personas indiscretas.

De pronto, ¡oh fortuna! una nubecilla que no habian visto cruzó delante de la luna, oscureciéndola un momento y dejando en la sombra la casa de don Roman. Concha, aprovechando aquel feliz instante, hizo una seña al oficial, que se aproximó con rapidez colocándose debajo del balcon, y con gran disimulo dejó caer la indiscreta niña una carta y una flor, que el joven recogió con ánsia, las besó, puso la flor sobre el pecho en el hojal de su levita, y saludando á la niña que le miraba sonriendo, se deslizó á lo largo de la acera entrando en la calle del Príncipe, despues en la de San Gerónimo y pasando por la de Peligros, llegó á la de Alcalá y entró en el café Suizo, donde al aproximarse á una mesa ya llevaba en la mano la carta de Conchita, ostentándola orgullosamente como trofeo de victoria.

Cuatro ó seis jóvenes que ocupaban la mesa le acogieron con aclamaciones de júbilo.

Detrás del oficial entró Serafin, y fué á situarse silenciosamente en una mesa inmedia-

ta. Pidió un ponche y un periódico y afectó leer, mientras no perdía una palabra de la conversacion que entre carcajadas y ruidosa algazara sostenian sus vecinos.

Serafin, que era un jóven sério, estaba indignado y se estremeció de ira mas de dos veces, estrujando el periódico entre sus manos. Educado por unos padres muy prudentes y cristianos, que procuraron formar su corazon antes de iluminar su inteligencia, poseia los sentimientos mas bellos de delicadeza y de dignidad, que no suelen ser en el dia patrimonio de la juventud que asiste diariamente á los cafés, saturando su espíritu en esa atmósfera corrompida é ignorable, alma de la maledicencia primero, de la maldad y de la infamia despues.

El oficialito, haciendo gala de su victoria, ostentaba en su mano como un trofeo, segun hemos dicho, la carta de la imprudente é irreflexiva hija de don Roman.

—¡Hé aquí el vencedor! exclamaron varios.

—Llegué y triunfé; hoy una carta y una flor, mañana una cita, y la muchacha es mia; exclamó con énfasis el alférez.

—¡Y mia, y de aquel, y del otro!... repusieron varios. Esa niña ama á todos.

—No es cierto; yo estoy seguro de que en estos momentos solo á mí me distingue; solo yo ocupo su corazon. Hé aquí su carta y su flor, que se ha desprendido del pecho para dármela.

—Si no tienes otras pruebas, las mismas tenemos nosotros, y aún más, su retrato, exclamó un estudiante de medicina.

—Yo tambien tengo carta, retrato y un rizo, dijo un empleadillo de poco sueldo.

—Y yo, añadió otro mozalvete, presentando los objetos sobre la mesa.

—¡Dejadle que saboree su misiva!... dijo uno.

El oficial muy entusiasmado leia para sí la carta, y de pronto, exclamó con admiracion.

—¡Oh y qué talento tiene esta chical!... ¡es un primor!... ¡vaya una carta poética!

—¡Que la lea!... ¡que la lea!... es preciso admirar el magnífico estilo de ese poeta con enaguas, repitieron en coro los estudiantes.

—No tengo inconveniente, la leeré siempre que vosotros me probeis haber recibido otras iguales en que se os haga protestas de amor.

—Hélas aquí, prueba al canto; las cartas, los retratos, las flores y un rizo de sus rubios cabellos, dijo el estudiante de medicina, es-

tendiendo sobre el mármol de la mesa los objetos indicados, que se confundieron con los vasos, platos y cucharillas de café, impregnándose con el olor del tabaco, que no apartaban de su boca los calaveras.

Los otros dos jóvenes sacaron tambien cartas y retratos que corrieron de mano en mano, entre la broma, la algazara y las burlas de diez ó doce que se fueron aproximando, y que enterándose del asunto, tuvieron las mas picantes y graciosas ocurrencias del mundo.

Serafin los miraba por encima de su periódico, y rojo de indignacion, apenas podia acallar los ímpetus de su alma, que se sublevaba ante aquellas manifestaciones de los jóvenes que así arrastraban por el lodo de su inmunda mesa unos objetos delicados, pertenecientes á una niña de buena familia, inocente en demasía é irreflexible, que no conocia la sociedad, exponiéndose á perder su reputacion, único bien que posee toda señorita bien educada y que es la base de su dicha futura.

Serafin hubiera deseado cortar aquella escena, apostrofándoles con el fuego que ardia en su alma; pero no tenia ningun derecho para ello, ni trataba siquiera á la familia de la

jóven, aun cuando los reconocia como vecinos; además, los jóvenes difamadores eran muchos y él solo, y se hubieran reido de él creyéndole un amante de buena fé; á pesar de todas estas ideas, que surcaban su mente, la impaciencia y la cólera no le dejaron permanecer en su sitio; se puso de pié, dispuesto á intervenir.

La casualidad hizo que en aquel momento pasara don Roman por delante de la mesa donde se celebraba la broma.

Una súbita idea asaltó á Serafin, y sin pararse á reflexionar, se apresuró á reunirse con el padre de Concha, diciéndole lo que pasaba, y haciéndole sentar á su lado, afectando la mayor indiferencia, se dispusieron á escuchar.

La algazara y la broma continuaron en la mesa de los jóvenes que no se fijaron en don Roman ni en Serafin, y estaban muy lejos de creer que tan cerca tenian al padre de la encantadora Conchita.

—¡Que se lean las cartas!... ¡que se lean!... gritaban á coro todos ellos.

El oficial, con entonado acento, dijo al estudiante de medicina:

—A un tiempo los dos, caro Galeno; em-

piezas la tuya y yo la mia; un párrafo tú y otro yo; despues las otras.

—Convenido, dijo el estudiante poniéndose de pié.

Se retorcieron el bigote, se estiraron las puntas de la corbata, colocaron la horrible tagarnina que fumaban sobre las flores y los retratos de la hermosa, tosieron ambos y con gran énfasis el oficial leyó:

«Mi adorado Jaime: gracias por su amor; los perfumes de su alma han inundado la mia; ¡yo le amo!... ¡sí, le amo!...»

El estudiante leyó en su carta:

«Mi adorado Enrique: gracias por su amor!... los perfumes de su alma han inundado la mia; ¡yo le amo!... ¡sí; yo le amo!...»

—Poco á poco, dijo el oficial, eso me lo dice á mí.

—Y á mí; son idénticos los primeros párrafos.

Los otros dos jóvenes reian á su turno leyendo *scotto-vocce* en sus cartas las mismas frases dirigidas á ellos, que mostraban á sus compañeros en silencio.

--¡Oh! ¡qué gracioso! continuad, continuad.

El oficial algo amoscado, pero tomándolo ya á broma, siguió leyendo:

«Y como no corresponder á su amor cuando mi corazon fundido por el fuego del suyo, le sigue á todas horas por los espacios imaginarios, y no puedo vivir sin su ardiente cariño!... Venga V., venga V. á verme; hablaremos por el ventanillo las horas en que mi mamá no está en casa; y como no está casi nunca, tenemos tiempo largo á nuestra disposicion para demostrarnos todo el fuego celestial de nuestros corazones.

»Ya sabe V. que le adora su apasionada.»

Aquí se detuvo el oficial; miró á su auditorio, y volviendo á poner en su boca el coracero que habia medio quemado el retrato de Conchita, se dispuso á escuchar al estudiante que á su turno, y pudiendo apenas contener la risa, leyó:

«Y como no corresponder á su amor, cuando mi corazon fundido por el fuego del suyo, le sigue á todas horas por los espacios imaginarios, y no puede vivir sin su ardiente cariño!... Venga V., venga V. á verme; hablaremos por el ventanillo las horas en que mi mamá no está en casa; y como no está casi nunca, tenemos tiempo largo á nuestra disposicion para demostrarnos todo el fuego celestial de nuestros corazones.

Ya sabe V. que le adora su apasionada.»

Tampoco el estudiante se atrevió á pronunciar el nombre de la mujer que firmaba la carta. Se detuvo y miró á sus amigos que batián palmas y se reían ruidosamente, habiendo llamado la atención de las personas inmediatas que, enterándose del asunto, escuchaban y se reían también á mandíbula batiente.

El escribiente se levantó á su vez; impuso silencio con un gesto, y apagando el pitillo que fumaba, se lo colocó detrás de la oreja, disponiéndose á leer la carta que tenía en su mano.

Todos esperaban con afán la lectura. Don Roman de pié, pálido y convulso, los miraba con ojos estraviados. Serafin á su lado tenía impaciencia por ver el término de aquella escena.

—¡Que lea!... ¡Que lea!... repitieron varias voces.

El jóven empezó:

«Adorado Luis, gracias por su amor; los perfumes de su alma han inundado la mía; ¡yo le amo! ¡sí, le amo!...»

Las carcajadas y los aplausos no le dejaron continuar.

—Ven á verme por el ventanillo de la puerta; decia uno declamando.

—Cuando la mamá no está en casa, y no está nunca, decia otro.

—¡Nos demostraremos todo el fuego celestial de nuestros corazones! repetian á coro los demás.

—Ya sabe V. que le adora su apasionada..., exclamaron varios.

—¡El nombre! ¡el nombre! ¿cómo se llama?

—¡Idénticas! ¡idénticas! dijeron el oficial y el estudiante de medicina, cotejando las cuatro cartas. La niña del balcon ha escrito una circular, y se la envia acompañada de su retrato á todos los jóvenes de la vecindad.

—¡Bravo!... ¡bravo!... ¡solo falta el nombre! que lean la firma, dijeron varios.

—La firmará Estrella ó Sol!..., dijo uno.

Los cuatro jóvenes estaban de pié con las cartas en la mano, demostrando su asombro al ver que era la misma letra, la misma firma con su nombre y apellido. La impaciencia del auditorio crecia.

—Se llamará Zulima, ó Zovaga.... un seudónimo.

—No; al pié de las cartas está el nombre y el apellido de la autora. Se llama Concha...

El oficial no acabó, porque una mano brusca le arrebató las cuatro cartas; la de don Roman que le impuso silencio con un gesto imperioso, mientras que Serafin recogía apresurado los retratos y demás objetos que estaban sobre la mesa medio quemados y manchados de café.

El estupor y el asombro sucedió á la algazara anterior.

—¡Miserables!... exclamó con indignacion don Roman; si alguno se atreve á pronunciar el nombre de la niña, le ahogo. ¡Silencio!... Los hombres de honor no proceden así. ¿Que-reis estas cartas? venid á disputármelas, que aunque viejo, mi brazo no tiembla todavía, y sabe sostener lo mismo el florete que la pistola.

Era tan imponente el ademan de fiera amenaza del anciano, que nadie rechistó; al oír hablar de pistolas y florete, creyeron el argumento demasiado fuerte, y se callaron, y sin pensar siquiera en recoger sus trofeos de victoria, se fueron deslizándose entre la multitud todos aquellos valientes caballeretes, tan osados para la difamacion y tan cobardes ante el peligro.

Las cartas de la imprudente niña estaban

en poder de don Roman, y los demás objetos en manos de Serafin. Este tuvo necesidad de acudir á sostener al anciano que, pálido como un muerto, se llevaba las manos á la frente. Le ofreció el brazo, y salieron del café abriéndose paso por entre los muchos espectadores que instintivamente comprendieron que solo un padre ofendido podia haberse expresado de aquel modo, imponiendo tanto respeto á los jóvenes calaveras. Iba don Roman tambaleándose; todos los objetos giraban á su alrededor con vertiginoso movimiento.

CAPITULO VI.

LAS DOS AMIGAS.

La escena que hemos referido en el capítulo anterior tenia lugar un lunes por la noche; aquella misma tarde á la una estaba Felicidad en su tocador, cuando se presentó la doncella diciendo:

—Señora, una visita hay en el salon.

—¡Cómo una visita! hoy es lunes y sabe V. que solo recibo los jueves, gritó la dama.

—Pero la señora tiene dada órden tambien de que se introduzcan, sea el dia que quiera, al señor marqués y á la baronesa de Moncek.

—¡Ah! ¿y es alguno de ellos? exclamó Felicidad cambiando de tono y levantándose súbitamente.

—Es la señora baronesa.

—Que pase, que pase; hágala V. entrar aquí.

Solo estoy para ella.

Instantes despues se presentaba en el gabinete una mujercita en miniatura, vestida con

un traje muy llamativo de colores claros, llena de flores la cabeza y adornada con una mantilla blanca de encaje, sujeta con alfileres de brillantes.

— ¡Ah, querida mía! exclamó Felicidad abrazándola; ya vienes en traje de toros, ¡y yo que lo había olvidado!... pero si apenas es la una.

— Te engañas, querida; tu reloj atrasa lastimosamente; son las dos menos cuarto, y antes de ir á la plaza tenemos que dar una vuelta por el Congreso; tengo tres notas que dar á tres diputados, y como hoy habla Castelar, figúrate como estarán las tribunas; de bote en bote.

— Tienes razon; tambien yo tengo que hacer dos peticiones al marqués, y necesitamos ir pronto para colocarnos en las primeras filas, porque de ese modo en cuanto nos ven los amigos suben á saludarnos.

— ¡Y aún estás así!

— En dos momentos me visto; afortunadamente toda la ropa me la tiene preparada mi doncella: voy á llamarla.

Felicidad tenia ya en la mano el cordon de la campanilla y la baronesa la detuvo con un gesto.

—Yo te ayudaré, no la llames; tenemos que hablar y no son convenientes testigos indiscretos.

—¡Me alegro!... eso me proporcionará el honor de que la noble baronesa, digo mal, la ilustre poetisa, honra de España, me sirva de camarera.

—Eso lo hago solo contigo.

Y al decir esto, aquella baronesa con título extranjero que admitia tan pomposos dictados, preparaba el vestido de moiré color rosa que debia llevar Felicidad á la corrida.

—Ya sé la preferencia que me dás y te la agradezco con toda mi alma; á ti no te gusta la sociedad de las señoras, porque dices como una soberana extranjera, que los hombres no te gustan solo por ser hombres, sino porque no son mujeres. Y lo comprendo, á una persona de tu talento y de tu distincion, no pueden perdonarle sus méritos las envidiosas del sexo femenino, y te harian mucho daño con sus murmuraciones.

—Por eso no tengo mas amiga que tú, á quien se puede fiar un secreto y con cuya discrecion se cuenta para todo. Ya sabes que soy española; pero me casé con un banquero aleman, que me dejó pronto, viuda y rica.

Deseosa de volver á mi pátria despues de una larga ausencia y buscando mi salud en las aguas de Santa Agueda, tuve el gusto de conocerte; simpatizamos y me vine, y aquí estoy, recibida como sabes en grandes casas, porque á la señora que se presenta con gran ostentacion no se le cierra ninguna puerta. Ahora he tenido el capricho de hacerme conocer como escritora, pues solo tú y un escaso número de amigos sabeis que soy literata.

—¿Y lo crees fácil? Aquí donde los grandes poetas se moririan de hambre, si el gobierno no les diera un destino ¿como abrirse camino la mujer?

—¡Ah! yo lo conseguiré; verás dentro de poco donde llega mi fama. Voy á dar un banquete con objeto de leer un poema épico que acabo de componer.

—¿Y me convidas?

—Ya lo creo; no habrá mas señoras que tú y yo.

—¿Y caballeros?

—¡Ah! esos todos los mas notables: hasta aquí he procurado hacerme conocer en los altos círculos aristocráticos; ahora quiero que me conozcan en los literarios. Tengo muy buenas relaciones de hombres, por supuesto

que me visitan y no faltan ningun jueves en mi salon, todos estos asistirán; además como estos españoles son tan galantes, especialmente con las extranjeras, y yo paso por tal, invitaré á muchos sin olvidar los periodistas, y en cuanto reciban un perfumado billete con la corona de Baronesa y una invitacion de comida, ¿cómo desairarme? creo que me veré rodeada esa noche por una multitud de los que aquí pasan por notabilidades, y al dia siguiente todas las gacetillas de la prensa hablarán de mi talento, de mi mesa, de mis trajes, de mis cabellos rubios, de mis ojos negros, cosa rara, dirán en una rubia, sin fijarse en que mi cabello es teñido de ese color; de mis gestos y sonrisas. Esto dirán los mas galantes, y los literatos pondrán en el cielo mi magnífica produccion. Si yo desde un humilde quinto piso citara á unos cuantos periodistas para oirme, nadie me haria caso por mas mérito que tuviera, pero la baronesa de Moncek, viuda de un opulento banquero aleman, puede ser mañana una celebridad, y con unos cuantos banquetes hago mi reputacion, y me coloco á la cabeza de las letras femeninas españolas.

—Convengo en que ese sistema es preciso

en la sociedad actual, que solo juzga por la ostentacion, el mérito no debe esconderse, porque nadie lo irá á buscar á su rincon; así, pues, apruebo tu proyecto, cuenta conmigo. Pero me ocurre una cosa, dijo Felicidad prendiéndose una rosa á la mantilla blanca. Vamos á llamar mucho la atencion con este traje en el Congreso.

—Y que importa; ya saben que es dia de toros y somos abonadas; además eso es lo que nos conviene, que se fijen en nosotras. Estaremos un rato, oiremos á Castelar su florido discurso y entregando las notas de solicitudes á los amigos que suban á saludarnos, bajamos con ellos del brazo y montamos en la hermosa carretela de raso blanco capitoné que nos llevará á los toros.

—¿La carretela dices? ¿Pues y la berlina?

—Hija mia, esa es una de las cosas que tenia que decirte. Ayer dejé á Lázaro, porque sus coches son antiquísimos; hace dos meses que no le habiamos pagado el alquiler de la berlina, y nos servia muy mal; ayer me llevó la cuenta, que por cierto no pagué, y le dije que cesaba el servicio hasta nueva órden; pero me dirigí á otro establecimiento que tiene unos coches magníficos; verás que sober-

bio tronco y que carretela forrada de raso blanco con flores y botones de oro.

—Pero no podemos soportar ese gasto, una carretela cuesta mas; y aun que lo hacemos á medias, y como suele decirse, á escote no hay nada caro, sin embargo, no creo prudente aumentar nuestro presupuesto.

—¿Ahora que han ascendido á tu marido piensas en economías? Vaya, vaya, déjate de rancias. Si tomé esta carretela es porque la queria la señora del ministro de Estado, y como sé que tú la tienes entre ojos, dije, no; ella no se la lleva, será para Felicidad y para mí. Puse como fiador á tu marido, que tambien lo es en casa de Lázaro; cuida de recoger la cuenta.

—¡Válgame Dios!... me pones en un compromiso.

—¿Lo sientes? se la cederemos á la ministra.

—Bajo ese punto de vista me alegro, dijo Felicidad procurando disimular su contrariedad; pero teniendo cuatro asientos me es preciso llevar á mi hija y á mi marido alguna vez.

—¿A tu hija?.. que idea tan original has tenido de sacarla del colegio, cuando mas te

estorba. ¿No conoces que delante de una niña no tenemos libertad para hablar con nadie? y además te hace vieja; ver una zagalona á tu lado que representa veinte años, llamándote mamá, hace creer que puedes pronto ser abuela.

—Y que quieres, su padre se empeñó.

—Y á propósito, ahora que me acuerdo, ¿has pedido ya al marqués la canongía para aquel señor cura de Filipinas?

—Todavía no; porque como acaba de concederme el ascenso para mi marido, me pareció mal importunarle de nuevo.

—Pues mira, nos tiene mucha cuenta, y él puede hacerlo, porque es íntimo amigo del ministro de Ultramar. Ya sabes que esa credencial nos valdrá seis ú ocho mil duros.

—¡Ay! que fortuna seria tan grande: te aseguro que saliamos de apuros; tengo una porcion de cuentas sin pagar y los acreedores me aburran.

—Pues á mí me sucede lo mismo, porque estoy esperando fondos de Alemania; pero no hay mas remedio que salvar las apariencias; si tienes gran lujo te visitan las gentes y si das convites consigues hablar á los hombres de posicion en tu misma casa comprometién-

dolos. Cuando te ven en una espléndida carretela se acercan á saludarte los ministros y los diputados; viéndote á pié y mal vestida, vuelven la cabeza á otro lado.

—Desgraciadamente, es verdad todo eso; querida Emiliana. Tú conoces la sociedad en que vives; pero si no conseguimos dentro de poco unas cuantas credenciales que nos valgan dinero, yo no puedo seguir costeando mi parte de abono en los teatros, en los toros y el carruaje, que hoy nos cuesta mas caro.

—Yo recibiré pronto fondos; pero si no los recibiera, tengo joyas que te ofrezco; los empeñaremos, querida Felicidad.

—¡Ay! Emiliana de mi alma; no me hables de empeños. Tengo en el monte de piedad casi todas mis alhajas de mas valor, pero como no dan por ellas ni la centésima parte de su valor, se queda una en seguida con la misma necesidad.

—Pues este collar es magnífico,—dijo la baronesa, señalando el que acaba de ponerse Felicidad.

—¿Te gusta?

—Mucho, es de un gran valor.

—Lo crees así; mírale bien, tú conoces las piedras y distingues en seguida las falsas.

—Estas son verdaderas; no me engaño.

—Pues, hija, es una copia del mio, el que me regaló mi marido cuando nos casamos; estos diamantes que tu crees verdaderos son falsos, de esos llamados americanos.

—Pues nadie lo diria, están perfectamente imitados. ¡Sabes que es un gran recurso!

—Ya lo creo; ni mi marido ha caido en la cuenta.

—¿Pues y el verdadero?

—Lo empeñé en el monte por mil duros, cuando valia cinco mil; me era preciso renovar el moviliario del salon; no pude sacarlo; me hizo falta dinero, reempeñé la papeleta, porque los prestamistas dan el ciento por ciento, pero llevan el trescientos; de tal manera me ví, que al cabo de un año debia tres mil duros de rédito no teniendo mas remedio que abandonar la joya, y lo siento tanto mas porque habia pertenecido á la madre de mi esposo, viéndome obligada por evitarme un disgusto á encargár otra igual, pero de piedras falsas.

Como ante esta idea se entristeció un poco Felicidad, la baronesa exclamó alegremente.

—Invita á mi banquete del jueves al mar-

qués, yo te ayudaré á conquistarle y entre las dos le comprometemos para el asunto de la canongía; con eso sacamos el verdadero collar de casa del usurero; yo iré á ver en cuanto me lo venden.

—Difícil es que el marqués vaya á tu casa; es un hombre muy sério y muy retraído de todo.

—Pero galante en demasia con las demás.

—Eso sí.

—Y poeta por añadidura.

—Tambien es un gran literato.

—Cosa hecha; preséntame como escritora, deseo consultarle sobre mi poema y le rogaré lo escude con su ilustre nombre poniéndome un prólogo.

—Diste en el flaco; tiene esa debilidad; las letras y la galantería con las mujeres es su cuerda sensible.

—Cosa hecha; con solo su firma un editor me compra el libro. Partimos las ganancias.

La sonrisa apareció en los lábios de la esposa de don Roman y abrazando á su amiga se dirigieron al salon.

Conchita estaba en el balcon que abandonó al verlas salir del gabinete.

—¿Vas á los toros, mamá? dijo Conchita.

—Sí, hija mia; pero vamos primero al Congreso, que habla hoy Castelar; por eso me marcho tan temprano.

—¿Y no podría yo oírle? tanto como lo deseo.

—Imposible.

—Pero hoy llevan Vds. dos asientos desocupados en la carretela. ¿Quieres mamá? ¿me visto?

—No puede ser hoy, querida; se apresuró á replicar la baronesa viendo que Felicidad vacilaba; estamos comprometidas con dos amigas á las que vamos á buscar, por eso pedimos carretela en vez de la berlina de costumbre.

—Ya lo ves; mañana, si la baronesa no necesita el carruaje te llevaré á la casa de campo; adios. Si vengo tarde no me espereis á comer, ya sabes que tu papá quiere la comida á las siete en punto.

—Es verdad, comeremos en Fornos; y esta noche tenemos que ir al Español, dijo la baronesa.

Conchita se quedó llorando.

CAPITULO VII.

LAS CARTAS DE CONCHITA.

Aquella misma noche, la casa de Felicidad estaba en completa revolucion.

Acababan de llevar á don Roman en un coche y le habian subido en brazos Serafin y el portero, depositándole en una cama.

Concha que estaba leyendo en su cuarto acudió con el libro en la mano, que dejó caer dando un grito, al ver á su papá sin conocimiento.

Serafin recogió el libro del suelo y miró con profunda lástima á la jóven que se habia abrazado á su padre y lloraba á gritos.

—¿Y su mamá de V., señorita? dijo Serafin.

—No está en casa: ¿que haremos?

—Lo primero llamar en seguida á un médico.

—¡Anton! ¡Anton! gritó la jóven, corra usted á llamar al doctor Escaler, aquí cerca vive á cincuenta pasos, en la calle de la Cruz,

número 17-2.º; no se detenga V. un minuto.

—Y no sabe V. donde se encuentra su mamá, exclamó Serafin, cuando vió al criado salir de la alcoba.

—En el teatro Español; porque hoy es lunes, dia de moda, y como tiene abono con la baronesa, no faltan nunca.

—Envíela V. á llamar.

—¡Ah! en seguida!.. ¡mi pobre papá!.... ¡Dios mío!, y Conchita muy afligida, mandó á la doncella, que sin perder momento fuera ella misma ó el portero á buscar á su mamá que estaba en la fila núm. 7 de butacas. Por fortuna el teatro está á dos pasos.

En tanto la cocinera descalzaba á don Roman, y Serafin preparaba el papel rigolot para ponerle unos sinapismos, mientras el médico llegaba.

Concha, sumamente afligida, queria enterarse de lo sucedido abrumando con sus preguntas á Serafin que despues de aplicarle al enfermo el papel en las piernas le acercaba un pomito de sales á la nariz, y mandaba preparar unas compresas de agua fresca para la cabeza.

—Le encontré en el café, señorita, no sé mas; ayúdeme V. alzando un poco la almoha-

da, dijo Serafín, tiene la cabeza muy ardorosa y el rostro encendido, signos evidentes de la congestión cerebral.

—¡Ah! Dios mío... ¡mi pobre papá!... ¡mamá!.. ay! que desgracia, gritó corriendo hacia su madre que entraba en la alcoba quitándose la mantilla blanca.

Poco después de Felicidad entró el médico. Serafín saliéndole al encuentro le contó en voz baja todo lo ocurrido en el café, para que tuviera algún antecedente de la enfermedad.

Se acercaron ambos á la cama, y separando á las dos señoras que se habían apoderado de las manos del enfermo, el médico le examinó detenidamente declarando que en efecto estaba atacado de una congestión, disponiendo en el acto una sangría y un medicamento que mandó llevar de la botica. Continuaron renovándole los sinapismos, y gracias á la prontitud y el acierto del distinguido médico, que no se apartó de la cabecera, se consiguió salvarle de un peligro inminente.

Felicidad pasó un momento á su cuarto á quitarse el traje poniéndose una sencilla bata, y Serafín aprovechó la oportunidad para dar al médico algunos detalles, que creyó necesarios, acerca del repentino ataque de don

Roman, lo que no se atrevió á decir ni á la esposa ni á la hija.

El doctor Escaler, se retiró de madrugada á su casa, prometiendo volver á las siete, y Serafin subió á la suya, á instancias de Felicidad, que con su hija manifestó la resolución de pasar la noche al lado del enfermo.

Por la mañana cuando el doctor volvió encontró fuera de cuidado y mas tranquilo á don Roman, por lo cual indicó á su esposa que podían retirarse á descansar un rato, pues bastaba la doncella y el criado para asistirle.

Felicidad mandó á su hija retirarse y acompañó al médico hasta la puerta haciéndole preguntas sobre la enfermedad de su marido.

Abierta ya la puerta de la escalera se encontraron con Serafin, que bajaba de su casa y se detuvo á informarse lleno del mayor interés; pero Felicidad preocupada sin contestarle, siguió diciendo al doctor:

—¿Y dice V. que á consecuencias de un disgusto ha sufrido ese ataque?

—Sí, señora; puede V. preguntárselo á este caballero; dijo el médico indicando al que acaba de presentarse; yo se lo digo á V. para que tome sus precauciones y procure evitarle

toda impresion fuerte; porque si el ataque se repite, yo no respondo, el caso es un poco grave.

—Habrá sido en el café   en el casino donde suele pasar las noches; ¡ah! estos hombres, no se convencen nunca de lo perjudiciales que son esos sitios...

—En el café, s  señora; pero la causa ha sido Conchita, que es una niña inocente, y sin quererlo...

—¡Conchita!... pues, ¡cómo! digame usted, exclamó llena de impaciencia.

El médico, cumplido su deber de prevenir el peligro de una recaida, se march  dejándolos solos. Serafin repuso:

—Yo no debiera, señora, manifestar á usted esto, pero creo hacerla un favor para que pudiere corregir en lo sucesivo á esa pobre niña, que criada, entre religiosas, no conoce los peligros ni los usos del mundo.

—Pero en fin, sepamos que ha hecho.

—Cosas inconvenientes que la perjudican; pero repito, es una niña inocente.

—¡Y qué cosas son esas? por favor, hable V.

—Voy   decírselo: exclamó Serafin.

Y en cuatro palabras refirió   la dama, la

escena de la noche anterior; luego sacando un libro de su bolsillo, se lo entregó á doña Felicidad diciéndola:

—De esta novela traducida del francés, que contiene máximas peligrosas para la juventud, ha copiado Conchita la carta de amor que dirige á todos los jóvenes que se la declaran.

—¡Dios mio!.. ¿y quién la ha dado estos libros tan perjudiciales? en mi casa no hay ninguno, yo detesto esas lecturas que exaltan las imaginaciones, ¿quién se los dá? ¡Ah! yo lo veré. Y dice V. que las cartas las tiene don Roman?

—Sí, señora; se las quitó de la mano á los jóvenes, que tan mal uso hacian de ellas, presentándolas como trofeos de victoria; debe tenerlas en el bolsillo del gaban; cuando salimos á la calle, tuve que meterle en un coche porque le ví anhelante con el rostro encendido, y perdió el conocimiento en cuanto se sentó en el carruaje. Comprendí que se le habia subido la sangre á la cabeza á causa del arrebato, presentándose la congestion. No perdí momento en traerle á su casa.

—Mil gracias, amable jóven, es V. un ángel verdaderamente, y á la prontitud de su

socorro deberá la vida de mi marido, pues el doctor me asegura que está salvado.

—Suplico á V., señora, que no castigue á la niña y la libre del enojo de su padre; la infeliz no sabe lo que se hace; en esa edad no se las puede dejar solas ni un momento, así es que mi mamá está sacrificada y mi hermanita Laura no dá un paso ni pronuncia una palabra, sin ser vigilada y corregida.

—Su mamá de V. tiene tiempo para eso y á mí me falta; las exigencias de la posición nos crean necesidades y deberes de los que no podemos prescindir.

Serafin no quiso contestar y se despidió ofreciéndose muy cortesmente y por si en algo podia ser útil; Felicidad le dió mil gracias y cerró la puerta trás él transformándose súbitamente su fisonomía, en la que se pintó la ira y la cólera mas violenta. Corrió á la alcoba de don Roman, buscó en el bolsillo del gaban las cartas de Conchita y se fué al cuarto de esta.

La niña fatigada de aquella noche en vela, se habia acostado sobre el sofá, procurando conciliar el sueño. Las alteradas voces de su madre y el estrépito con que abrió y volvió á cerrar la puerta la asustaron y se puso en pié de un salto.

—Ven aquí, imprudente, loca, coqueta..... ven á decirme quién te ha enseñado á escribir estas cartas. ¿Qué señorita decente hace lo que?... Y estarse todo el dia al balcon, haciendo telégrafos á los estudiantes, y contestando á sus cartas de esta manera romántica y necia. Vamos á ver, ¿las conoces? Cuatro iguales.

Y Felicidad, arrebatada de ira, se las ponía delante del rostro.

—¿Dónde has aprendido esto?

—Lo copié de un libro, y por divertirme.... ¡como me fastidio tanto aquí sola!... contestó Conchita con la cabeza baja sufriendo con humildad la fuerte reprimenda de su madre.

—¿Te fastidias, eh? Pues vístete, que yo te llevaré dónde te diviertas.

—Pero, mamá, por Dios; perdóname, que ya no volveré á escribir á nadie, y ahora que tienes carretela, te acompañaré todas las tardes á paseo.

—Vístete pronto, y vámonos antes que tu padre te llame para imponerte el duro castigo que mereces. Por causa tuya ha sufrido ese trastorno que por poco le cuesta la vida.

—Ah! ¡que desgracia la mia!... ¿Y quién

se lo ha dicho? ¿quién? ¿cómo están esas cartas en tus manos?

—Anoche en el café servían de diversion á todo el mundo, y tu nombre corria de boca en boca.... imprudente.... si tu papá no pasa por allí y las recoge, hoy las hubieran publicado en las gacetillas todos los periódicos.

La escena fué interrumpida por el criado que llamaba á Felicidad; ésta, repitiendo la orden á su hija de que estuviera pronta para salir, se dirigió al salon donde la esperaba la baronesa. Su rostro, rojo de indignacion, estaba todavía alterado.

—¡Ah! ¿Qué tienes? Tu sufres,—exclamó su amiga.

—Mucho, querida mia; he tenido un disgusto.

—¿Pero tu marido sigue peor?... Como anoche te fueron á llamar al teatro, llena de ansiedad, vengo á ver si es cosa de cuidado.

—De cuidado no, gracias á Dios; pero siéntate.

—Me alegro mucho.

—¡Cuánto te agradezco tu visita!—tú que te levantas á medio dia, venir á las nueve, es una prueba de amistad, que no olvidaré. Y me alegro doble porque precisamente iba en

este momento á llevar á mi hija al colegio; ¡que disgusto me ha dado!... ¡Pues no está coqueteando por los balcones con los estudiantes de la casa de huéspedes de enfrente, y escribiéndoles cartas!... Su padre lo ha sabido anoche en el café y de la incomodidad se puso malo; ya ves, ahora me hará cargos, obligándome á llevarla siempre conmigo; por eso quiero que vuelva al colegio.

—De donde no debiste sacarla. Ya te lo he dicho: una madre jóven no puede tener á su lado hijas casaderas; ¿pero tu marido está ya bien?

—Aun no; ha sido una congestion cerebral, pero se acudió á tiempo; el doctor Escaler vino en seguida y le salvó; que si tarda un poco yo no sé qué seria de nosotros á estas horas. No quiero que sepa nada de Conchita; por de pronto, pues, se opondria á mi proyecto; y si tú que eres tan buena, ya que has venido, me hicieras el favor de acompañarla al colegio, te lo agradecería infinito.

—Con mucho gusto; ya me conocen las monjas.

—Has ido tantas veces conmigo; ¿conque la llevas?

—Sí, sí; desde luego, no tengo inconve-

niente. Quédate á cuidar del enfermo, tengo abajo el landó y en quince minutos estamos en la calle de Santa Isabel, núm. 46, creo son estas las señas, ¿verdad?

—Precisamente; junto al palacio de Fernandez-Nuñez; no la digas nada hasta que esteis allí, porque pudiera resistirse; hazla creer que vá por unos dias, á fin de evitar el castigo de su padre que será terrible; pero prometo que no saldrá hasta que se case.

—Es lo mejor; ya la buscaremos un novio rico que la lleve á viajar y nos deje en paz, contestó la baronesa levantándose.

Poco despues salia con la niña en direccion al colegio de Madres Escolapias, donde la dejó, contando en secreto á la superiora lo ocurrido y encargándola mucho que tuvieran la mayor vigilancia, porque cuando se despiertan en las niñas los instintos de coquetería y de amoríos, son muy difíciles de manejar.

La Madre superiora la ofreció vigilarla; asegurando que allí no haria lo mismo, por que no veian mas hombres que el capellan y el hortelano, de manera que no tenian las colegialas ocasion de hacer uso de sus instintos juveniles.

Conchita creyendo que solo unos días la tendrían allí, los aceptó resignada como castigo de su falta, de la que sin embargo, no pensaba corregirse, y se fué á tomar posesion de su plaza en la que aun conservaba todos sus efectos, reuniéndose á sus compañeras que la recibieron con júbilo, especialmente las de su edad y las amigas.

Aquella misma tarde paseando en la estensa huerta del colegio las contó cuánto se habia divertido con los muchachos de la vecindad.
